



GOBIERNO DE TAMAULIPAS
PODER LEGISLATIVO



SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE CELEBRADA EL 26 DE JUNIO DEL AÑO 2019.

MENSAJE DE LA GALARDONADA DE LA MEDALLA AL MÉRITO “LUIS GARCÍA DE ARELLANO” 2019



MTRA. DIANA DEL CARMEN GUARDIOLA SÁENZ

Con la venia de la Mesa Directiva, me dirijo al Señor Gobernador del Estado de Tamaulipas, Licenciado Francisco García Cabeza de Vaca; al Magistrado Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, y del Consejo de la Judicatura del Poder Judicial del Estado, Licenciado Horacio Ortiz Renán;

A los distinguidos diputados y diputadas, y a los amigos y familiares que tan amablemente han querido acompañarme en esta emotiva ceremonia.

Aunque sé que inevitablemente se interpreta como un tópico, "gracias" -ese sencillo sustantivo común- es la primera palabra que exige ser pronunciada en un momento como este. ¡Gracias!; ¡Gracias desde el fondo de mi ser! Y son muchos los depositarios de mi agradecimiento:

Gracias primeramente a esta Honorable Cámara, por considerar que merecía ostentar la medalla "Luis García de Arellano" en su edición de 2019. Créanme, la portaré con orgullo, consciente de que hay muchos otros tamaulipecos, de gran valía que bien podrían estar ahora mismo en este Recinto.

Gracias, asimismo, al claustro de profesores y directivos de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 285, de Reynosa, por proponerme como candidata a tan distinguida presea. Aprecio la confianza que han tenido siempre en mi persona y en mi trabajo.

Gracias a la casa editora Trillas, por atreverse a publicar mis metodologías rompedoras, con las que buscamos acabar con el rezago de más de 50 años que llevamos en México en materia lingüística, al tiempo que despertamos en los niños, los adolescentes y los jóvenes de México, un auténtico amor por la lengua española.

Gracias, por supuesto, a mi familia: a mi esposo, mis tres hijos, mis padres, mis hermanas... y todos esos miembros de la familia y esos amigos sinceros que -haciendo un entramado de amor y de sana complicidad- han sabido estar ahí, cada día, forjando conmigo una historia común. Una historia en la que ha habido días no muy gratos -es cierto- pero ha habido también otros plétóricos de felicidad, como el que hoy estoy viviendo. Gracias por la suma de sus afectos, de sus opiniones, de sus consejos, de sus cuidados, de sus bromas, y hasta de sus objeciones.

Y ahora quiero confesarme ante ustedes. No sé si sea una virtud o un defecto, pero siempre he tenido la costumbre de describirlo todo, de narrar cuanto me pasa. Y es eso lo que me "nace" hacer hoy, quizá porque compartiendo con ustedes unos cuantos segmentos descriptivos y narrativos de mi vida, puedan llegar a entender lo que soy, lo que siento y lo que persigo.

Mi pasión por las letras, por las palabras, por las frases y por las historias que con ellas se construyen... ha estado ahí desde que tengo memoria. Es más, creo que nací con esa pasión. Pero me pasaba lo que a muchos niños, que en la articulación natural de los sonidos algunos tardaban en explotar. Así que cuando a los tres años era incapaz de pronunciar la palabra "regalo", decía "yegayo", mi papá me retó a esforzarme hasta conseguirlo, bajo la promesa de que si lo lograba me premiaría, precisamente con un regalo. Y así fue, después de practicar y practicar lo conseguí: y obtuve como regalo... un libro.

Creo que ahí empezó todo, con Don Samuel Guardiola Cervantes mi padre, como motor. Un palmillense de pro que se esforzó como un titán para brindar oportunidades enriquecedoras a sus cuatro hijas, fomentando la lectura, la cultura, los viajes y los valores. Recuerdo que nos ofrecía un dólar por cada libro que leíamos, y fue ese recurso, un poco ortodoxo, por cierto, lo que hizo que leyera mi primer libro completo, de más de cien páginas, cuando tenía 7 años. Desde luego me aplicó también un examen oral y el examen escrito, para comprobar que la lectura había sido realmente productiva.

Pero saben, muy pronto dejó de interesarme el premio y me cautivaron las letras. Gastar en libros lo que me daban de "domingo" era un placer. Poder zambullirme en mundos maravillosos, en ideas nuevas, pero sobre todo, en formas de expresión sofisticadas y elegantes, que soñaba con poder imitar algún día, eso iba haciendo mella en mí, por eso subrayaba con colores distintos las palabras bonitas, las palabras raras, las palabras inquietantes.

Y así en ese Reynosa tranquila y familiar de los años 60 y 70, me atreví a empezar a escribir, con fallas ortográficas seguramente, pero con ilusión. Tiempos inolvidables aquellos, en la primaria "Josefa Ortiz de Domínguez", y posteriormente, en mi querida secundaria "José de Escandón", en donde fui consciente -por primera vez- de que las letras llegarían a ser centrales en mi vida, estimulada por concursos, por trabajos literarios y por las enseñanzas de muchos buenos maestros, entre ellos el Profesor Gumersindo Guerrero García, que este día me acompaña, y con quien compartiré, desde hoy, un lugar en el muro de honor de esta presea. ¡Gracias Maestro!

Luego llegó el momento de salir de casa. De marchar a Monterrey, para estudiar en el Tec, el sueño de mi papá. Licenciarme en Letras Españolas fue, contra todo pronóstico, muchísimo más que una plataforma para "casarme bien", el estigma que por entonces tenían esas carreras de humanidades.

El español correcto se convirtió, definitivamente, en mi amigo íntimo, en mi compañero en todo momento del día. Incluso ya casada, con mis hijos pequeños, los juegos preferidos eran conjugar verbos, acuñar prefijos y sufijos estrambóticos para crear palabras lindas y buscar sinónimos y antónimos.

Ya para entonces se había accionado el “clic” entre conocimiento y pasión. Se había abierto la caja de Pandora, pero en su versión virtuosa. Descubrí que escribir y hablar bien abría puertas, y tenía que enseñarlo así a mis audiencias. Tuve que dejar las aulas del Tec de Monterrey, en las que había estado enseñando durante 5 años, para incursionar en el mundo de la empresa y la consultoría independiente.

Entonces me enfrenté, y me sigo enfrentando a ejecutivos frustrados, profesionistas de las distintas universidades de México, carentes de herramientas para producir informes claros y propuestas contundentes; llenos de inseguridad a la hora de escribir un ensayo, una tesis, o un simple mensaje electrónico. Con estas historias de desilusión a sus espaldas, yo no podía limitarme a recitar reglas y más reglas. Aposté entonces por la Lingüística aplicada.

Tuve que empezar una labor titánica, muchas veces irreverente, diseñando metodologías en donde el juego, los trucos, la lógica ortográfica, el empirismo, la disminución de los ejercicios terriblemente deductivos, se convirtieron en el denominador común.

Tuvieron que pasar muchos años e impartir cientos y cientos de horas de cursos y seminarios en empresas, museos, universidades y periódicos, para darme cuenta de que -aunque era muy productivo económicamente hablando, dedicarme a “remediar” situaciones-, lo que en realidad tenía que hacer, era enseñar bien desde el principio, esto es, empezar en las bases. Con los niños en la primaria.

Y esto es ahora lo que abandono. Creo que el aula debe de ser -en palabras de la Real Academia Española- un marco imaginativo, en el que más allá de la exposición de las 270 reglas de la actual normativa ortográfica, nos atrevamos a enseñar un español correcto empleando estrategias diversas, trucos, actividades retadoras del intelecto, enfoques interdisciplinarios y, desde luego, contenidos actualizados.

Es francamente inadmisibles encontrar a niños escribiendo fue con tilde, considerando que desde hace 61 años dejó de llevarla, o quion que tampoco se acentúa desde hace una década. O dejarnos bombardear impunemente por una ortografía urbana, pernicioso que taladra con anuncios y carteles en los que aparecen palabras como garaje con “g”, cuando su única escritura ha sido siempre con “j”; o bien, creer que con la coma basta para hacernos entender, cuando contamos con un repertorio riquísimo de 13 signos de puntuación con los que podemos ganar claridad al escribir; o distinguir por ejemplo que la abreviatura para las 4 de la tarde es 4 p.m. (en minúsculas, con punto y espacio) y con no con mayúsculas, porque diríamos las 4 Policía Militar, o echar mano del vasto repertorio léxico de nuestro español, para evitar expresiones como “Pásame el deste que está sobre la desta”, o “Bueno, pero me entendiste”, que no le hacen justicia a nuestro bello idioma, que es, nada menos, el segundo más hablado en el mundo, después del chino.

Yo creo que podemos hacerlo. Esto es innovación educativa, no tanto que todos los niños usen tableta o que haya pizarrones electrónicos en los salones, lo cual es muy bueno. Pero lo que necesitamos es enseñar un español actualizado, gradual, contextualizado, ¡útil para la vida!

Tenemos la ventaja de que contamos con una norma panhispánica, un aparato de principios que explica, describe y prescribe el buen uso del español en todo el ámbito hispánico, que lo mismo se aplica en México, que en Uruguay, que en Cuba, que en el Salvador o que en Argentina.

Por mi parte, estoy orgullosa -y agradecida, por su puesto- de que mis metodologías estén llegando cada vez a más escuelas en el país. Tengo el dato, por ejemplo, de que en Tamaulipas nos han dado su voto de confianza en escuelas en Tampico, en Altamira, y por supuesto, en Reynosa, en donde me siento muy querida y respetada, contraviniendo al principio popular: de que nadie es profeta en su propia tierra.

Pero hay que ir por más. Ya estamos presentes en Colombia, y próximamente trabajaré en una adaptación de mis obras para neutralizar la modalidad de lengua mexicana, de modo que podamos alcanzar, por qué no, otros países del Cono Sur, considerando que el panhispanismo, -que no es otra cosa que la unidad dentro de la diversidad- lo facilita.

Por mi parte prometo seguro seguir en la brecha. Ser lexicógrafa avalada por la Real Academia Española me está dando ahora la oportunidad de hacer un diccionario explicativo para niños, en el que recoja exclusivamente palabras bonitas que enriquezcan la experiencia de la lectura comprensiva. Tengo en mente también una nueva serie de cuadernos para producir textos de una manera sistemática, ágil y sin tanto sufrimiento.

Como saben, hace casi 19 años que no vivo en México. Tengo una nueva patria: España, una tierra generosa que me ha abierto puertas y me permite seguir crecimiento. Pero yo no me olvido de mi México. Vivo allá, es cierto, pero trabajo aquí. Pago mis impuestos aquí. Tengo un férreo compromiso con la educación aquí. Y si no, ¿por qué he atravesado el atlántico 138 veces solo en este tiempo?, Pues por que la inspiración de todo proyecto que realizo está en la niñez y en la juventud mexicana, incluso en las audiencias adultas.

Y ahora este premio que me conceden, es un auténtico peligro para mí, porque se redoblan mis ganas de “soñar nuevos sueños” y ejecutarlos, desde luego. Pero creo que bien vale la pena el esfuerzo y la entrega.

Y ahora termino.

A muchas personas podría dedicar esta presea, pero quiero hacerlo al principal promotor de mi carrera, a quien siempre me ha admirado y yo admiro, a quien me anima a desarrollar nuevos proyectos, a quien aguanta largas ausencias de casa, me refiero a mi esposo, el Doctor Daniel Jiménez Villarreal. Todo Tamaulipas tenía que saberlo mi amor.

Y más allá de ello, como mujer de fe, he de reconocer que todo lo que soy y todo lo que tengo se lo debo a mi Padre Celestial; es Dios quien me da, y siempre me ha dado ideas creativas, y sobre todo, capacidad para llevarlas a cabo, a Él la gloria y a todos ustedes un gran abrazo y toda mi gratitud, gracias.

